

la otra mirada

UNO

—Dilez g
diciente IN
respuesa.
Haro Rover
el unico de
un hombre.

—Lento
arca de Van
dinamente
todas sus
animales.
que es una

El Señor

—Sacerd
libro de m
de los Mist
El Mistecio
taeros. Al
que el Señ

—Avia
honrado d

—Con lo
Rey del Ur

—Y con
un arca y
rayos del s

—Ante el
joya del re
brillo crepi

—Con e
la travesia
salió del b
él se la oce
confió a M



Noé y los desaparecidos

AZRIEL BIBLIOWICZ

UNO

—¡Diez generaciones y no logro sacar una decente! ¡No sé qué sucede! Queda sólo una respuesta: tachón, borrón y cuenta nueva. Haré llover por ciento cincuenta días. Serás el único que recompensaré por haber sido un hombre honrado—le dijo el Señor a Noé.

—¡Ciento cincuenta días encerrado en un arca de venticinco metros de ancho y ciento cincuenta de largo, con mi mujer, mis hijos, todas sus esposas y un número incontable de animales! ¿Eso es una recompensa? Entonces, ¿qué es un castigo?—respondió Noé.

El Señor, después de recapacitar, le contestó:

—Necesitas una distracción. Te prestaré un libro de mi biblioteca para la travesía: el Libro de los Misterios, que esconde grandes secretos. El Misterio es un género perfecto para los viajeros. Te lo doy con carácter devolutivo —dijo el Señor.

—¿No acabas de señalar que soy el único honrado de mi generación?

—Con los libros, nunca se sabe—reiteró el Rey del Universo.

—¿Y cómo voy a leer sin luz, encerrado en un arca y con un cielo que no deja pasar los rayos del sol?—preguntó Noé.

Ante el reparo, el Señor le suministró la joya del resplandor: una piedra preciosa con brillo crepuscular.

—Con ella obtendrás luz para leer durante la travesía. Esta piedra se la di a Adán, quien salió del Edén con ella y se la entregó a Seth; él se la cedió a Enoch que, a su vez, se la confió a Matusalem, quien, antes de morir,

se la pasó a Lamech. Ahora es tuya. En tus manos dejo la fuente de todas las luces.

Noé entró al arca con su familia el diecisiete del mes segundo. Al cerrar la escotilla se reventaron las fuentes del océano y se abrieron las compuertas del cielo. El agua creció y se extendió hasta cubrir las montañas.

Noé observó que las necesidades de la embarcación no concedían espacio ni tiempo para la lectura. El ir y venir era constante. Por el número de animales, tenía que vivir alerta para que no se comieran los unos a los otros. Era preciso aprovisionarlos en forma escalonada. Con el método que impuso, no acababa de alimentar a unos cuando debía continuar con los otros. Era un proceso repetitivo, de suma y sigue.

A pesar de las dificultades, Noé guardaba la esperanza de abrir el cofre dorado que atesoraba el Libro de los Misterios y que descansaba sobre la mesa de su cabina. La angustia de no leer lo violentaba y crecía a diario. Se dolía ante su mujer y sus hijos por la falta de tiempo. Sabía que por vivir dedicado a lo urgente nunca alcanzaba a hacer lo necesario.

Las lluvias que golpeaban el arca no eran iguales. A veces, aparecían acompañadas por una luz fría que tornaba las mañanas en impenetrables. A ratos, eran tibias y empañaban el alma. Y había momentos en que caían como si fueran una enfermedad del aire, de color negro pálido. Noé le imploraba a las nubes una tregua, pero se veían enamoradas de ese gris oscuro que las colmaba a cada instante.

AZRIEL
BIBLIOWICZ,
sociólogo,
profesor del
Departamento
de Bellas Artes
de la
Universidad
Nacional

La otra mirada

Una mañana, Noé descubrió que si fijaba su crucero al norte las aguas se tranquilizaban, pero el frío del viento lo zarandearon y despertó un dolor inmesurable entre sus huesos. Optó por emprender rumbo al sur. El aire se calentó, pero las tormentas también se acentuaron. El mar, poco a poco, se encrespaba: el arca y sus pasajeros eran unos intrusos cuyos movimientos azoraban sus cómodas y graduadas aguas. Las corrientes se revolvieron para evitar la infiltración. Más y más, surgió una lucha sin cuartel entre el arca que procuraba a toda costa flotar en espera de un ramo de olivos y el mar brutal que no admitía divergencias y que respondía con la furia de sus olas. Durante las tormentas, los animales se tambaleaban de un lado a otro y el arca crujía sus maderas resinosas y calafateadas. El rechinar y los gemidos fermentaban el terror y las bestias descargaban sus excrementos en operación de protesta. El olor del pánico le exigió a Noé trabajar las veinticuatro horas para recoger y evacuarlo todo por la borda.

En más de una ocasión, sus hijos y mujeres le imploraron que cambiara de ruta, pero Noé era un hombre obstinado y acostumbrado a vivir contra la corriente. Intuía que si continuaba su viaje al sur, tarde o temprano, brillaría el sol.

En medio del rigor de la travesía, Noé envidiaba a los pájaros: sólo ellos se daban el lujo de escapar al encierro del arca.

Algo extraño sucedió el día en que partió el cuervo: fondeó una calma chicha. Ante la quietud, Noé aprovechó para acercarse al cofre del Libro de los Misterios, pero cuando lo fue a abrir, la joya del resplandor comenzó a titilar y a apagarse.

—Si no es una cosa, es otra... ¿Cómo era posible una falla? —se preguntó.

Se asustó y pensó que era el vaticinio del final y que todo iba a hundirse. Con la esperanza de revitalizar la joya, subió a proa para proporcionarle aire fresco. Un potente trueno reprochó en el cielo y una gigantesca ola azotó el arca a estribor. El peso de los animales cargó la nave. Noé sintió que el

agua devoraba sus sandalias, que abandonaban sus pies. Procuró rescatarlas, pero se lo impidieron el peligro y el movimiento. En cuclillas, con la joya en la mano derecha, entró a su cabina pero no sólo faltaban sus sandalias sino que el Libro de los Misterios había desaparecido. Registró por todas partes. Fue como si el aire lo hubiera borrado.

DOS

Noé sabía que en el interior de cada libro sagrado habitaba un ángel que vivía dormido entre sus líneas.

El Señor creó a los ángeles o almas de los libros para que fueran los albaceas de los secretos que entrañan sus páginas. Le corresponde a los lectores despertar a los ángeles con el calor y la caricia de sus miradas. Por ello, y no es una casualidad, muchos de los ángeles, cuando descienden a la tierra, lo hacen en forma de palabra.

Además, los ángeles de los libros son los contertulios del Rey del Universo y El los invoca con sólo abrir sus páginas. Estos ángeles gozan del privilegio de habitar en la biblioteca del Señor y los separa una cortina del resto del Edén. Cuando el Creador desea estudiar, inventa torneos maravillosos que rezan las posibilidades, encantos y juegos que ha plasmado en las palabras y letras.

El ángel Maggid, que habita en la Mishna, el Libro de Leyes, vela por que su lenguaje sea múltiple y jamás se cierre. El ángel del Zohar procura conferirle el enigma del neutro a cada una de las palabras. Las de la Torá son vigiladas por el Príncipe de los Angeles con su corte: es el libro predilecto del Señor.

Los ángeles conservan los libros que custodian los secretos de la creación, así como las permutaciones de las letras que develan la arquitectura del Universo.

Durante siglos, los rabinos, conocedores de esta verdad, buscaron en forma anhelante a los ángeles. Mas de uno se hizo famoso por conjurar su presencia con devoción y estudio.

El rabino Josef Caro conquistó la gloria cuando logró que el Maggid se le apareciera y le susurrara al oído las revelaciones de la Mishna. El rabino Pinjas de Koretz consiguió que el ángel del Zohar irradiara su cara al abrir el texto, a punto que su esplendor encegocía a sus discípulos.

Los rabinos aseguran que al leer un libro con genuina pasión, tarde o temprano surge su mensajero. Las marcas que imprimen los libros en cada uno de nosotros, son razguños de ángel. Las huellas y los trazos que estampan, las intenta borrar el tiempo en forma inexorable. Por ello, es siempre necesario regresar a sus páginas. Las relecturas son el eterno retorno, incitado por los ángeles que provocan la repetición, no de lo mismo, sino de su diferencia.

TRES

El Rey del Universo se preparaba para una excursión, cuando llegó a su biblioteca a rastrear un libro para la travesía. Pensó en el de Misterios.

—Me encanta iniciar ese libro por la última página, y alterar su orden— le confesó a uno de los ángeles—Lo escribí de atrás para adelante.

Indagó en su biblioteca y notó que no estaba en los anaqueles.

Llamó al ángel Hadarniel, que servía de bibliotecario, y le preguntó por su paradero.

—Si mal no recuerdo, se lo confió a Noé, antes del diluvio.

—¿Y lo devolvió?

—No.

—¡No importa la generación, no consigo que entiendan que apropiarse de un libro es grave! ¡Llámenme a Noé!

—Señor, quiero advertirle que, después del diluvio, sembró una parra y ve un arco iris en cada esquina.

Noé se presentó ante el Señor cargado de vino.

—¿Dónde dejaste el Libro de los Misterios? ¡Ahí habita el ángel Raziel!

—No alcancé ni a hojearlo.—dijo Noé.

—No pregunté si lo leíste, sino por su paradero.

—Ni lo miré, ¿Cómo voy a saber dónde está?

—¡Lo perdiste!

—Yo no fui... Fue una ola, también se llevó mis sandalias... Fue el mismo día que el cuervo salió por la rama de olivos.

El Señor tomó un mapa e infirió el lugar en que debió caer el libro.

—¿Por qué no me avisaste?

—Imaginé que perderse era parte de su destino. Se supone que no obras al azar.

—Ahora vas a sentir cómo no hay azar. Ojo por ojo, diente por diente.

El Señor lo despidió y dijo:

—Déjenlo que se emborrache y se acueste desnudo en la tienda. Sus propios vástagos serán mis vengadores. LLámenme a tres mensajeros.

Al llegar, el Rey del Universo les ordenó:

—Necesito que busquen el ángel caído.

CUATRO

Cuando llegaron al lugar señalado por el Señor, los mensajeros tropezaron con una pequeña ave de plumas amarillas y grises que perseguía a unas aves de rapiña persistentemente con su pico, hasta hacerlas huir. Los sorprendió la escena. Una señora delgada alentaba al animalito, al que aplaudía por cada picotazo que daba. Los mensajeros se acercaron a ella pero, antes que le hicieran pregunta alguna, les explicó:

—Es un cirirí. Aprendan su lección porque la van a necesitar si piensan encontrar al que buscan. Hay que perseverar y conservar el coraje.

—¿Cómo sabe que lo buscamos?— preguntaron sorprendidos.

—En este lugar, cada dos días desaparece alguien. Ustedes llegaron en día par—respondió.

Los mensajeros se miraron turbados.

—Buscamos a un ángel que habita en un libro.

—Ah, un ratón de biblioteca—dijo la señora.

-No, no es ni ratón ni gallina. No tiene ni piel ni alas.–exclamaron irritados como si estuvieran hastiados de que el mundo creyera que los ángeles poseían extremidades animales.

-No se molesten–dijo la señora– les advierto que en estas pesquisas van a necesitar mucha paciencia y tranquilidad. Frente a la autoridad, conviene guardar la calma. Y no es extraño que un desaparecido en este país lleve un libro. Desaparecen muchos estudiantes.

Los mensajeros del Señor advertían que la palabra escrita cohabitaba con la violencia pero no esperaban encontrarla de frente.

-¿Cuando fue la última vez que lo vieron?– preguntó la mujer.

-No sabemos.

-¿Quién fue el último que lo vió?

-No sabemos.

-¿Rumbea? ¿Tiene novia?

-No... No sabemos.

-¿Ya fueron a medicina legal? ¿A los hospitales?

-¿Dónde quedan?

-No saben nada. Son como ángeles venidos del cielo–dijo la señora.

Los mensajeros se sorprendieron... ¿Cómo nos descubrió?

-Tenemos una misión especial.–dijeron– El Señor nos envió a buscarlo.

-¿Trajeron un retrato?

Los mensajeros la examinaron aterrados y respondieron con firmeza:

-¡No se deben hacer imágenes delante del Señor!

-Están equivocados.–dijo la mujer– Por lo contrario, cuando hay un desaparecido, las imágenes son fundamentales. Lo primero que necesitan es oponerse al anonimato. Hay que evitar ser reducido a una estadística. Hay que enseñar públicamente los retratos, con dignidad. Hay que luchar contra el olvido. No se pongan con remilgos y falsos orgullos. Vamos a preparar un retrato hablado. Todo desparecido necesita un rostro.

Los mensajeros del Señor no supieron qué contestar.

-¿Cómo es la cara: ¿ovalada?

-Mas bien cuadrada–respondió uno de ellos.

-¿Color de piel?

-Pergamino–dijo otro.

-Morenito– infirió la señora. Se dan cuenta que lo pueden describir. ¿Alguna característica en particular?

-Letras– contestó otro.

-Su situación económica no importa...

¿Edad?

-No le pasan los años.

-Entonces, se ve joven... ¿No conservan nada que le pertenezca? ¿un pañuelo, unas medias, una camisa, unos calzoncillos?

-¿Calzoncillos?

-Si. Por lo general es lo primero que aparece. ¿Qué marca usaba?

-No...

-¿Qué medias usa?

Los mensajeros del Señor quedaron perplejos, hasta que a uno de ellos se le ocurrió decir:

-LLevaba sandalias.

-Esa ya es una pista. Les advierto que ninguna desaparición opera sobre una estructura lógica. Aquí todo es posible, y todo, por absurdo que parezca, resulta una pista. Lo fundamental es hallar el cadáver.

-¿Cadáver?

-¿Cuánto lleva desaparecido?

Los mensajeros se miraron, hasta que uno de ellos contestó:

-Años.

-Entonces, no se hagan ilusiones–dijo la señora– Yo sé que la esperanza es lo último se pierde, pero ahora es importante dar con sus huesos. Las madres o las viudas sólo descansamos cuando los desenterramos. Hay que indagar por ellos hasta el final. Nos toca llegar a lugares, padecer y ver lo que otros seres no soportan. Pero, ante todo, debemos evitar que el temor se apodere de nosotros. El temor borra las huellas y libera a los responsables de sus culpas. Les recomiendo que nos acompañen a la marcha en la plaza central. Ahí nos reunimos las que buscamos a nuestros hijos y nietos.

Los mensajeros escucharon con atención el sufrimiento que habitaba entre una y otra palabra. Recordaron que la voz de la

indignación honesta, era la voz del Señor. Y decidieron acompañarla.

CINCO

En la marcha descubrieron que los desaparecidos aparecen en todas partes. De acuerdo con el retrato hablado, lo vieron en tres ciudades diferentes. Hubo gente que afirmó haber conversado con él. Una mujer confesó que se le apareció de repente mientras leía. Era una versión creíble. También insistió en que conocía el sitio exacto donde lo habían enterrado: quedaba a pocos metros del paraje en que lo remataron.

Los mensajeros observaron cómo el dolor y la ausencia anidaban en el ámbito de la memoria y de la fantasía. De nuevo, la mujer fue quién les explicó que era vital encontrar el cuerpo.

—Es importante descubrirlo, aun cuando sea solamente para volverlo a enterrar.

Organizaron la operación. Los condujeron a una colina boscosa. El terreno lo adornaba una cascada y un manto de hojas cubría el piso. Como guía iba un hombre cargado de cuerdas, brochas y una lámpara de gas. Todos se referían a él como "el planimetrista". También asistían un juez, un médico, dos policías, un secretario, un fotógrafo y tres campesinos con sus palas.

Los mensajeros del Señor, al ver a los policías, se asustaron. La mujer los calmó diciéndoles:

—No se preocupen. No son los mismos, a pesar del uniforme. Cuando quieren desaparecer a alguien, se lo quitan.

El hombre de las cuerdas comenzó a marcar el terreno señalado por la testigo. Levantó un croquis del terreno, lo midió y cuadriculó. Después de pocas paladas toparon con una bolsa de basura.

—Siempre los dejan por encima—dijo la mujer.

Una mudez fragmentada llenó el ambiente. Los mensajeros escucharon las vibraciones del envilecimiento, cuando la vida se infecta y

abrevia. Divisaron el alrededor y percibieron un lugar fértil para las palabras calmadas, salpicadas de ignominia. Un mundo de epitafios grabados por los cinceles del desafuero y lutos eternos marcados con los golpes del olvido. La muerte se revelaba como una interrogación desplazada.

Al abrir la bolsa de basura, apareció una sandalia.

—Creo que dimos con él—afirmó la mujer.

No los dejaron tocar los objetos. Debían ser marcados con un número. Era indispensable sacar múltiples fotografías. Los mensajeros quisieron palpar la sandalia, pero el juez lo prohibió: contaminarían las pruebas.

—Los zapatos son importantes para establecer el tamaño de la persona—explicó el médico al examinarlos.

Surgieron unos huesos. El fotógrafo disparó en forma indiscriminada su cámara.

—Es el sacro— señaló el médico.

—¿El sacro?—preguntaron los mensajeros del Señor.

—Sí, el hueso que permite establecer el sexo.
—contestó— ¿Es un hombre al que buscan?

Los mensajeros dudaron.

—Entiendo que es un hombre—respondió la mujer con firmeza.

El médico continuó con su trabajo.

Los mensajeros se preguntaban: ...¿cuál es el sexo de un ángel?

Hallaron un craneo.

—Es factible hacer una reconstrucción facial. Si coincide con el retrato hablado, habrá algo más concreto—dijo el médico.

Al terminar la operación, los mensajeros del Señor agradecieron el trabajo realizado. Se alejaron del lugar con la sensación de que habitaban un tiempo de negaciones y fracciones .

SEIS

Caminaron por las calles de la ciudad, como si estuvieran desiertas y carecieran de distancias.

—Ya lo buscamos como hombre. ¿Por qué

no lo pensamos como libro? Quizás si lo enfrentamos a su insignificancia, su neutralidad de ángel se manifieste, porque es inevitable.

-Todo depende de la perspectiva que se tome—afirmó uno de los mensajeros.

Contemplaron el edificio que se levantaba frente a ellos. Un letrero anunciaba: Biblioteca Luis Angel Arango.

Al advertir el nombre, uno de ellos dijo:

-La biblioteca de un Angel.

Los mensajeros ingresaron por unas escaleras para continuar a la galería hexagonal donde encontraron una colmena de escolares, que zumbaban de un lado a otro en busca de un terminal de computador. Uno de los bibliotecarios, al verlos despistados, inquiriendo de un lado a otro, les dijo:

-Al principio, todos se confunden. Los viejos estaban acostumbrados a los ficheros. En los tiempos remotos, cuando se hablaba de bibliotecas se pensaba en tarjetas, anaques, tomos y escaleras. Ahora es diferente: todo comienza en un terminal de computador. La electrónica nos acerca al mundo infinito... Claro que ayer se cayó el sistema y daba la impresión que todo se hubiera borrado y desaparecido.

-¿Borrado? ¿Desaparecido? —repitieron los mensajeros.

- Cuando se va la luz, todo se pierde. Es el mundo moderno. Pero... ¿Qué necesitan?

-El Libro de los Misterios.

-Empiecen bajo la M. ¿Algún en particular?

-Si, el que contiene un ángel.

-Un ángel. Debe haber misterios con ángeles—dijo el hombre—Revisemos.

El bibliotecario les indicó que era posible investigar por título, autor o materia. Oprimió una tecla y el computador hizo una pausa hasta que brotaron en la pantalla doscientos setenta y un registros.

-Bajo misterio hay mucho que escoger.

-Pero si era un solo libro—contestó uno de los mensajeros.

-En los últimos años se han comprado cantidad de obras y la biblioteca se multiplica a diario. Gracias a la arquitectura hexagonal, donde a cada hexágono le corresponde cinco anaques y a cada anaquel, treinta y dos libros de formato uniforme. Las opciones y probabilidades son numerosas... Veamos si entre los títulos hay un misterio con ángel... Aquí veo el Misterio de las Alas. ¿Les interesa?

-Los mensajeros se contemplaron vacilantes.

-El misterio de las alas: alas de avión, su diseño y construcción.

-Tal vez, no—dijo uno.

-Aquí hay otro: Misterio del Cielo.

-Podría ser...

-Es una colección de diapositivas de los artistas plásticos chilenos. ¿Es eso lo que desean?—preguntó.

-No. ¿Y bajo ángeles, que hay?

-Treinta y siete registros, pero las opciones se reproducen en forma exponencial si vamos a palabras como: arcángel, querubín, serafín... Bajo ángeles tenemos:

Angeles Caídos.

Angeles como Mensajeros.

Angeles: una Especie en Peligro de Extinción.

Los mensajeros del Señor se miraron confundidos.

-Estamos tras un libro muy especial, único-dijo uno de ellos.

-¿Único? Todos los libros son únicos. Hace años un famoso bibliófilo observó que, por vasta que fuera la biblioteca, no había dos libros idénticos.

-Nos gustaría ir a los anaqueles.

-Eso está prohibido, puede entrar sólo personal autorizado. Pero, no se preocupen, el terminal es todo. Cualquier referencia se encuentra en la pantalla. Sus entradas se actualizan y se reproducen a diario.

-Pero, así nunca conseguiremos hallar el libro...

-Cómo que no, el computador es el instrumento clave para cualquier pesquisa.

Los mensajeros del Señor sintieron que los números absolutos se bastaban y anulaban toda realidad que compitiera con ellos. No descubrían cómo romper la situación inacequible. El bibliotecario los dejó con la afirmación:

-Tengan la seguridad que todo está fríamente calculado.

Los mensajeros, frente a la pantalla del computador, advirtieron que las respuestas los obligaban a rotar en un círculo sin destino. Se desvanecía todo sentido y valor en la actividad febril de los terminales. La biblioteca se transfiguraba en una pérvida torre. Los libros padecían la enfermedad de la proliferación. En la pantalla dejaban sus páginas para volverse títulos y datos. Las cantidades suprimían sus misterios. Los mensajeros del Señor recordaron que lo obvio carecía de ternura y de ángel. La desproporción se imponía sin medida ni lógica. Se estatuían

sin distinciones para hacer tabla rasa. Las páginas transpapelaban sus encantos, pero eran inagotables y se repetían en clasificaciones sin fin que los llevaba a vivir al borde de la muerte. El exceso servía de máscara para un automatismo y una violencia que eliminaba tanto a los libros como a los hombres.

De pronto, uno de los escolares, agitado y que esperaba turno, les dijo:

-¡Préstenos la pantalla! ¡Ustedes llevan mucho tiempo! Debo terminar la tarea de mañana.

El afán de los escolares los obligó a abandonar el lugar.

Los mensajeros del Señor salieron de la biblioteca asombrados. Empezaba a llover. Poco a poco, las gotas ahogaron los ojos con una luz apagada. Por las empinadas calles de la biblioteca descendía el agua en aluviones. Los mensajeros del Señor notaron las esquinas numeradas y los habitantes que huían frente al diluvio. Reconocieron a la generación de la dispersión.

Entendían que los números y la torva borrraban sin distinción a los seres vivientes. El agua crecía y se extendía sin medida.

Por ello, los mensajeros optaron por emprender el camino al Paraíso con sus almas húmedas, sin que la lluvia los tocara. Tenían la certeza que dicha generación había entregado su alma y conciencia sin protestar a un mundo inerte. Todos eran cómplices y padecían la insensibilidad de la repetición incesante que transformaba todo en listas y estadísticas. Con temor y compasión miraron a una sociedad condenada a resolver cada instante en un ajuste de cuentas.